

Alexander Betancourt Mendieta, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Anthropos, Siglo XXI, 2018, 189 pp.

Jesús Iván Mora Muro  
Universidad Autónoma de Querétaro  
[jimmu@hotmail.com](mailto:jimmu@hotmail.com)

Recibido: 3-01-2019

Aceptado: 15-01-2019

Un tema novedoso dentro de la historia intelectual es el papel que jugó la cultura letrada en el desenvolvimiento de la historia como disciplina durante el siglo XIX y principios del XX. Alexander Betancourt Mendieta, profesor-investigador de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, se ha dado a la tarea de analizar la función del escritor decimonónico en el desarrollo de instituciones y asociaciones, de los Liceos y Academias, y demás espacios de sociabilidad en donde las humanidades y las ciencias sociales convivían con otras ramas del saber científico. El autor, además, ha incursionado en el amplio campo de la historiografía latinoamericana. Muestra de ello son sus trabajos sobre José Luis Romero, Alcides Arguedas, Francisco García Calderón Rey, y diversas instituciones, asociaciones, y academias que sustentaron el trabajo de estos y otros escritores que contribuirían significativamente al desenvolvimiento del oficio.

En su opinión, con la transformación de las universidades en centros de investigación y docencia, primordialmente en Argentina, fue evidente el paulatino desplazamiento de las asociaciones letradas por recintos especializados que posteriormente darían origen al profesional. El profesional, producto de la institucionalización del conocimiento histórico, es aquel individuo que tiene cierta autonomía y recursos económicos “a partir del reconocimiento oficial de sus labores”.

El libro se conforma de cinco capítulos que exploran esta trasmutación del letrado decimonónico al historiador profesional en América Latina. El lector encontrará en los

primeros apartados la preocupación medular del autor: explicar la configuración del Estado nacional y la hegemonía de las asociaciones letradas (academias, salones literarios, ateneos) en la difusión del conocimiento. En este periodo el prestigio intelectual se alcanzaba con la oratoria periodística y la erudición individual mostrada en los espacios públicos.

En el primer capítulo titulado “El pasado y su escritura”, Betancourt Mendieta desarrolla la formación de espacios de sociabilidad integrados por hombres de letras, o “funcionarios-escritores”, cuyas labores intelectuales estaban íntimamente ligadas a las necesidades del Estado. Miguel Antonio Caro, Joaquín García Icazbalceta, José Toribio Medina, Bartolomé Mitre, y Andrés Bello, son algunos de los literatos, coleccionistas e historiadores representativos de la época. Mientras que en el segundo apartado se enfoca en las instituciones que generaron conocimiento dentro de los Estados nacionales en América Latina. El autor postula que el trabajo intelectual fue primordialmente ejecutado desde las academias y asociaciones letradas, opacando, de esta manera, la labor educativa propia de los colegios y universidades. En otras palabras, “fue minimizada la carrera docente”. También los casos de Europa y Estados Unidos, con sus grandes exponentes decimonónicos, están incluidos en esta sección. El autor destaca la fundación de revistas especializadas como *Historische Zeitschrift* (1859), *Revue Historique* (1876), *Revista Storica* (1884), *English Historical Review* (1886) y *American Historical Review* (1895). Definitivamente, no está de más la explicación de los fenómenos de institucionalización y profesionalización europea y estadounidense para entender el caso concreto América Latina en donde la paulatina transformación del letrado en intelectual (especialista) fue mucho más lenta de lo que ocurrió en otras latitudes.

Particularmente, se detiene en el caso del boliviano Alcides Arguedas (1879-1946), quien para él es un representante idóneo del literato que abarcaba todos los ámbitos sociales y culturales de las naciones latinoamericanas. Por la misma línea, en el tercer capítulo continúa el desentrañamiento de las relaciones entre Latinoamérica y otras regiones del orbe: España y Francia, concretamente con la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y las publicaciones *Bulletin de la Bibliothèque américaine* (1910) y *Revue de l'Amérique latine* (1922-1932). En estos vínculos transnacionales, en opinión de Betancourt, la figura de Rubén Darío fue fundamental. Otros ejemplos son el peruano Francisco García Calderón, el colombiano Santiago Pérez Triana y el venezolano Rufino Blanco Fombona.

El cuarto capítulo titulado “De las revistas a las instituciones: los inicios del momento profesional” se centra en las consecuencias de la Primer Guerra Mundial, la Revolución Bolchevique y la creación de la Sociedad de Naciones en el desenvolvimiento de las disciplinas humanísticas. En el ámbito educativo, el movimiento estudiantil universitario de Córdoba de 1918 enmarca el proceso de profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades en el subcontinente. En este contexto, el autor se detiene, quizá excesivamente, en explicar el sentimiento antinorteamericano y sus implicaciones en la intelectualidad latinoamericana; en algunas corrientes historiográficas como la historia subalterna, la escuela de los *Annales*, la historia ambiental, y en la memoria como objeto de indagación, sin llegar a vincular del todo esta información con Latinoamérica. En otras secciones del capítulo, también analiza los casos del colombiano Germán Arciniegas (1900-1999), como letrado que buscaba en la escritura de la historia una narración con fines exclusivamente estéticos y moralizantes; la revista argentina *Claridad* y José Carlos Mariátegui como ejemplos del

socialismo y el marxismo suramericano, y, por último, la historia social en Brasil y Chile que ocupan un espacio reducido en su indagación. Para él, como ya se ha dicho, “durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, la práctica y el ejercicio de las ciencias sociales y las humanidades eran actividades cuya hegemonía radicaba en los hombres de letras [...] la docencia ocasional servía como complemento de otras labores que ejercían en forma simultánea”, como la política y el comercio. Pese a que estoy de acuerdo con el autor, considero que hubiese sido importante abordar con mayor detalle los casos de Genaro García y Jesús Galindo y Villa (en el caso de México) y otros importantes profesores en Argentina, Colombia, Chile, Brasil, para que el lector entendiera cabalmente el lugar que ocupaba la docencia dentro de estas disciplinas durante la primera mitad del siglo XX.

Finalmente, en el quinto y último capítulo, “La idea de América: un instituto, un proyecto y la mirada continental”, el lector podrá encontrar información relevante de primera mano sobre el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, fundado en 1928 y que en 1938, bajo la batuta de Silvio Zavala, iniciaría la publicación de la *Revista de Historia de América*. Es importante resaltar que las labores Zavala y otros historiadores del periodo coadyuvaron a la elaboración de una Historia de América que refleja puntualmente la paulatina profesionalización de la disciplina en el subcontinente. Así, fue hasta la década de los treinta, apunta el autor, que surgieron los primeros historiadores profesionales interesados en estudiar las tradiciones letradas que les precedieron. En espacios como la Universidad Nacional de México (1910), en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939) y El Colegio de México; la Escuela Normal Superior de Colombia (1936), y la Universidade de São Paulo en Brasil (1934), se formaron algunos de estos especialistas.

Otro aporte del trabajo radica en que el interesado en la historiografía y la historia intelectual encontrará referencias puntuales de Jörn Rüse, Georg Iggers, Peter Novick, Gerard Noiriel, Arthur Alfaix Assis, Herbert Schnädelbach, Christophe Charle, Lutz Raphael, Ignacio Peiró Martin, entre otros autores, que le permitieron al autor situar la institucionalización y profesionalización de la disciplina en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX a partir de la consulta de diversos acervos y publicaciones periódicas. Sin duda, estos planteamientos teóricos y metodológicos, poco explorados desde nuestra circunstancia latinoamericana, serán de mucha utilidad para el conocimiento histórico de la profesión.